

### CAPÍTULO III

El Occidente desde el pontificado de Inocencio III hasta la desmembración del imperio germánico y muerte de San Luis (1198-1270).—Pontificado de Inocencio III (1198-1216).—Sectas heréticas.—Guerras contra los Albigenses.—Tribunal de la Inquisición.—Órdenes mendicantes.

El pontificado de Inocencio III puede considerarse como el apogeo de toda la edad media. Este gran papa comprendió en toda su extensión la alta misión que le daba su dignidad de vicario de Jesucristo en la tierra. Por todas partes, y siempre, obraba como jefe supremo de la Iglesia, y consideraba á todos los pueblos cristianos como que no formaban más que una sola familia, de la que él era padre. Velaba con especial solicitud por los asuntos eclesiásticos, intervenía doquiera que los intereses, tanto espirituales como temporales, de la sociedad reclamaban su celo, y mantenía con firmeza inquebrantable los derechos de los pueblos y de los príncipes, recordando á los unos y á los otros sus propios deberes. Después de haber restablecido en todos los Estados de la Iglesia la autoridad pontificia, quebrantada por las violencias del emperador Enrique VI, Inocencio III tomó bajo su protección al joven hijo de este príncipe, Federico II, y le conservó el trono de Nápoles. Llamado para decidir entre Felipe de Suabia y Othon de Brunswick, Inocencio III se esforzó desde luego en poner fin á la guerra que desolaba la Alemania, y cuando Felipe fué asesinado, consiguió que

fuese reconocido como emperador Othon IV; pero cuando este príncipe, con desprecio de las promesas más solemnes, puso trabas á la libertad de la Iglesia y quiso apoderarse de la corona de Nápoles y disfrutaba Federico II, Inocencio III le lanzó la excomunión, y protegió la elevación de Federico al trono imperial de Alemania. Demostró la misma energía con respecto al rey de Francia, Felipe Augusto, y le obligó á restablecer en todos sus derechos á la reina de Ingeburgo, á quien este príncipe había repudiado por casarse con otra. Gracias á la firmeza de carácter de Inocencio III, el rey de Inglaterra Juan I tuvo que respetar los derechos de la Iglesia y del pueblo inglés; derechos que este príncipe tirano y pérfido creía poder hollar impunemente. El gran pontífice no cesó de llamar á todos los pueblos cristianos de Europa para hacer la guerra á los musulmanes. Protestó con toda su energía contra la falsa dirección dada á la cuarta cruzada por los venecianos, que habían ocupado á los cruzados en tomar á Zahra y Constantinopla, en vez de llevar socorros á los cristianos de la Palestina.

Inocencio III tuvo también el mérito de



combatir enérgicamente las perversas y destructoras doctrinas de todo orden social, profesadas por la secta herética de los albigenses, que habían ya provocado grandes disturbios. Estos sectarios tomaron en gran parte sus doctrinas de los peregrinos que se daban á sí mismos el nombre de *catharos*, es decir, puros, y que en el siglo XII contaban un gran número de partidarios en Francia, en Bélgica y en Suiza. Desechaban los sacramentos y la jerarquía de la Iglesia; autorizaban los mayores desórdenes y los vicios más infames; en ciertos casos hacían arrancar el suicidio de un deber. Á esta corrupción moral añadían la hipocresía, y sostenían que podían en conciencia renegar de sus doctrinas y hasta tomar parte en todos los sacramentos católicos, cuando se encontraran amenazados de una persecución. Su número se fué aumentando en el país de Albi y en todo el mediodía de Francia, hasta el punto de ser necesario tomar enérgicas medidas para proteger la población católica contra sus vejaciones. La mayor parte de los señores de este país abrazaron sus errores, y el conde Raimundo V de Tolosa, que gobernaba una grande parte de estas comarcas con una autoridad del todo independiente, les favoreció y les confió también la educación de su hijo Raimundo VI. Cuando este joven príncipe sucedió á su padre en el condado de Tolosa, se declaró abiertamente partidario de los albigenses. Una cruel persecución estalló entonces contra la población católica, á la cual privaron de sus iglesias después de haber expulsado á los sacerdotes y frailes; los conventos fueron destruidos y abrasados, y numerosas víctimas perecieron durante estos excesos. Los herejes, una vez dueños del país, organizaron públicamente su culto, y se abandonaron á todos los excesos autorizados por sus doctrinas.

Las quejas de los católicos y del clero llegaron por fin á Roma. El papa Inocencio III encargó á los monjes de la orden del Cister para que trataran de ganar á los herejes predicando la doctrina católica. Nombró á uno de ellos, Pedro de Castelnau, su legado, para que fuera á la cabeza de esta misión. Pero los mi-

sioneros, á pesar de su celo, no tuvieron grandes resultados por la oposición que hallaron de parte de los señores herejes, y principalmente del conde de Tolosa.

Sin embargo, hicieron un gran número de conversiones, cuando el obispo español Diego y su prior Domingo de Guzman, que volvían de una peregrinación á Roma, se asociaron á su obra. El conde Raimundo VI de Tolosa, asustado del éxito de los misioneros é irritado de la libertad apostólica, con la que éstos le echaban en cara los excesos de su vida, mandó entonces asesinar al legado Pedro de Castelnau. Este crimen decidió al fin á Inocencio III á pronunciar la excomunión contra este príncipe y á hacer que se predicara una cruzada contra los albigenses.

Un numeroso ejército se reunió en Lyon: el duque de Borgoña, los condes de Nevers, de San-Pol y de Auxerres, y el conde Simon de Monfort, se pusieron al frente de los cruzados. Á la noticia de que los cruzados se acercaban, Raimundo VI prometió retirar su protección á los herejes y fingió reconciliarse con la Iglesia. El ejército marchó entonces contra Roger, vizconde de Beziers y de Carcasona, el más celoso entre los señores albigenses. Roger fué hecho prisionero y declarado sin feudos; Simon de Monfort recibió la investidura en lugar de aquél y fué encargado para continuar la guerra contra los albigenses. Pero después de la marcha de la mayor parte de los cruzados, el conde de Tolosa violó todas sus promesas: reunió un numeroso ejército, compuesto de herejes, y llamó en su socorro al rey Pedro de Aragón, soberano del condado de Tolosa. Simon de Monfort marchó contra los príncipes aliados y consiguió, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, la brillante victoria de Muret. Recibió entonces la investidura del condado de Tolosa. El conde Raimundo VI se fué á Roma, donde se reconcilió con la Iglesia y obtuvo del emperador Federico II la investidura del condado de Venaisih.

Sin embargo, los albigenses cobraron valor después de la muerte de Simon de Monfort y llamaron nuevamente á Raimundo VI, quien ocupó por segunda vez todos sus estados. Amaury;



hijo de Simon, se dirigió entonces á Felipe-Augusto, quien mandó su hijo Luis á la cabeza de un ejército. Pero la expedicion quedó sin resultados ante la bravura con que defendieron su ciudad los habitantes de Tolosa. Raimundo VI comenzó nuevamente sus persecuciones contra los católicos, y su hijo Raimundo VII, que le sucedió, se hizo fanático partidario de los albigenses: expulsó á los sacerdotes católicos, confiscó los bienes de las iglesias y cometió las mayores crueldades. Amaury de Monfort, despues de haber perdido la ciudad de Carcasona, última de sus posesiones, cedió sus derechos en los principados del mediodía de la Francia á Luis VIII, que murió antes de terminar la guerra. Raimundo VII restableció su autoridad en su condado, que sin embargo se vió obligado á ceder, dos años más tarde, á la reina Blanca, regente de Francia. Las guerras contra los albigenses terminaron de esta manera, despues de hacer la union de los principales feudos en el mediodía de la Francia con los dominios de la corona.

Los excesos cometidos por los albigenses fueron reprimidos y castigados; los católicos, injustamente perseguidos y despojados de sus bienes y de sus derechos, acababan de alcanzar la justa reparacion del mal que estos sectarios les habian inferido. Pero las doctrinas heréticas contaban todavía un gran número de partidarios; era, pues, necesario tomar las oportunas medidas para destruir el mal de raíz. Á este efecto, la reina Blanca, de comun acuerdo con el papa Gregorio IX, reorganizó la universidad de Tolosa y exhortó á los prelados y al clero á que trabajáran por la conversion de los herejes con su ejemplo y con la predicacion. El papa encargó además á la orden de los dominicanos que se unieran al clero secular y predicáran la fe ortodoxa. Instituyó al mismo tiempo un tribunal compuesto de teólogos, encargado de fallar sobre la culpabilidad de los que fueran acusados del crimen de herejía, y que despues fueran presentados ante los tribunales seculares para que fuesen juzgados segun las leyes de aquel tiempo. Tales fueron los principios del tribunal que recibió más tarde el nombre de *Inquisicion*.

Inocencio III tuvo tambien la suerte de ver nacer las dos órdenes religiosas suscitadas por Dios para sostener á la Iglesia en la lucha contra las herejías, que atacaban á la vez sus dogmas y su jerarquía. Destinados á vivir en medio del mundo y á trabajar por el bienestar espiritual de sus hermanos, los religiosos de estas órdenes se sometian á una pobreza absoluta; ni la orden ni ninguno de sus miembros podia poseer nada; despues de proveer á las necesidades del día, daban lo que sobraba á los pobres; tenian que pedir el pan cotidiano á aquellos por cuya salvacion consagraban toda su vida. Por estas disposiciones de su regla, estas dos órdenes se llamaron *órdenes mendicantes*; eran éstas la de los franciscanos y la de los dominicanos.

El fundador de la primera de estas órdenes, San Francisco, era hijo de un rico comerciante de Assises. Abandonando todo lo que poseía, recorrió como misionero varios países de la Europa y el Egipto. Dió á aquellos que se le reunieron una regla muy severa, y los llamó Hermanos Menores. La orden se extendió con rapidez asombrosa, y se distinguió tanto por la santidad como por la erudicion de sus miembros, de los cuales los más célebres fueron San Buenaventura y San Antonio de Padua. El ejemplo de San Francisco movió á Santa Clara, hija del conde Sciffi, á fundar la orden de las Pobres Claras, que adoptaron la misma regla. Inocencio III aprobó la regla de San Francisco. Santo Domingo, de la familia noble de los Guzmanes en España, se habia asociado desde luego á los misioneros que el papa Inocencio III habia enviado á Francia para convertir á los albigenses. Fundó una orden destinada especialmente á predicar las verdades católicas á los herejes, y adoptó la regla de los norbertinos, añadiendo el voto de pobreza absoluta de los franciscanos. Santo Domingo llamó á sus discípulos Hermanos Predicadores; pero el nombre de dominicanos prevaleció en lo sucesivo. Esta orden se extendió tambien mucho, y entre los santos y sabios que la hicieron ilustre, basta citar á San Raimundo de Peñafort, Alberto el Grande y Santo Tomas de Aquino. La institucion de la Orden Tercera, que se com-



ponia de personas que vivian en medio del mundo, pero afiliadas y asociadas á una ú otra de estas dos órdenes por ciertas oraciones y obras de caridad, ejerció una saludable influencia en la regeneracion moral de la sociedad.

Un año ántes de su muerte, Inocencio III convocó en Roma un concilio general, el más numeroso de todos los que tuvieron lugar en Occidente: hubo en él más de dos mil doscientos miembros. Despues de la proposicion, la asamblea se ocupó de las medidas que se habian de tomar para la extirpacion de las herejías y restablecimiento de la disciplina eclesiástica; decretó que los obispos prestarian todo su apoyo y celo por que floreciera en sus residencias la enseñanza de la teología. El concilio proscribió despues los juicios de Dios, que habian dado lugar á muchos abusos judiciales, y confirmó el privilegio de la inmunidad que el clero disfrutaba en todos los países católicos. Despues de aprobar las dos órdenes de San Francisco y de Santo Domingo, y de dictar diversas medidas para organizar una nueva cruzada, se disolvió la asamblea. Inocencio III murió ocho meses despues, llevando á la tumba el amor y veneracion de todos sus contemporáneos.

A la muerte del emperador Enrique VI, que habia reunido á la diadema imperial la corona de Nápoles y Sicilia, la poderosa casa de Hohenstaufen se halló cerca de una próxima ruina. Los napolitanos se sublevaron contra Federico II, hijo de Enrique VI, que solamente tenia dos años; por otra parte, dividiéronse los señores de Alemania; unos se declararon por Felipe, duque de Suabia, hermano de Enrique VI, mientras que otros proclamaron á Othon IV de Brunswick, hijo segundo de Enrique el Leon, jefe de la casa de Welf. Inocencio III, soberano del reino de Nápoles y de Sicilia, y tutor de Federico II, mantuvo la autoridad de este príncipe en su reino; pero trabajó en vano para terminar a guerra, que con motivo de la sucesion al trono desolaba el imperio. Habiéndose negado Felipe de Suabia á todo acomodamiento con su rival Othon, el papa se declaró por este último príncipe. Felipe, sin embargo, triunfó por todas partes, y acabó por entrar en negociacio-

nes con Inocencio III y con Othon, cuando fué asesinado por el conde Othon de Wittelsbach. Gracias á la intervencion del papa, Othon IV de Brunswick fué entonces reconocido en toda Alemania, y consolidó á Beatriz, hija de Felipe.

Los güelfos y gibelinos en la Lombardia se hacian una encarnizada guerra. Para establecer la paz entre ellos, y para obtener la diadema imperial de manos del papa Inocencio III, Othon IV pasó los Alpes á la cabeza de un ejército. A su llegada los dos partidos enemigos depusieron las armas y se reconciliaron en Milan, en donde Othon fué coronado rey de los lombardos. Se dirigió en seguida á Roma, y recibió la diadema imperial despues de haber prometido, bajo juramento respetar los derechos y privilegios de la Iglesia, y no alegar pretensiones á la corona de Nápoles y Sicilia.

El nuevo emperador, sin embargo, se abrogó el derecho de ejercer en Roma actos de soberanía, y se dirigió á Nápoles invitado por un partido descontento que le entregó esta ciudad. Inocencio III, despues de haber entablado negociaciones durante dos años, y siendo infructuosas, pronunció, en fin, la excomunion contra Othon IV, é invitó á los príncipes de Alemania á proceder á la eleccion de un nuevo soberano. Othon volvió á Alemania, donde los príncipes habian elegido al jóven Federico II, rey de Nápoles y Sicilia, que marchó á Alemania y fué universalmente reconocido. Othon IV, que habia hecho alianza con el rey Juan I de Inglaterra y el conde Ferrando de Flandes contra Felipe Augusto, fué completamente derrotado con sus aliados en la batalla de Bouvins. Habiendo perdido toda consideracion y toda autoridad, se retiró á su ducado de Brunswick, y en él murió algunos años despues en un completo olvido.

Federico II unia grandes talentos y un carácter ambicioso, apasionado y poco franco. Toda su actividad se dirigia á un solo fin, que su familia habia tenido siempre por guía, á saber: fundar una gran monarquía hereditaria, reuniendo toda la Italia definitivamente á la Alemania. Para atender á este fin no escaseaba ningun medio ni retrocedia ante ningun obs-



táculo; y sin escrúpulo ni remordimiento empleaba sucesivamente la violencia, la corrupción y la perfidia. Subiendo al trono de Alemania, se había obligado con Inocencio III á no reunir el reino de Nápoles y Sicilia al imperio germánico, y á emprender sin dilacion una nueva cruzada. Pero apenas murió el papa, cuando Federico hizo reconocer por sucesor suyo en el trono imperial á su hijo primogénito Enrique, que había ya recibido la investidura como futuro rey de Nápoles y de Sicilia. Habiéndose quejado de este proceder Honorio III, sucesor de Inocencio, Federico se excusó alegando que los príncipes del imperio habían obrado sin su consentimiento. El papa creyó en su palabra y le coronó emperador; le concedió, además, muchos plazos á la cruzada que debía emprender.

Después de haber afirmado Federico su autoridad en Alemania, se dirigió á su reino de Nápoles y Sicilia. Para aniquilar la oposicion de la nobleza normanda contra su dinastía, introdujo en él numerosas reformas, por las cuales restringió considerablemente los derechos y privilegios de los señores y de la Iglesia en provecho del poder real. Secundado por su canciller Pedro de las Viñas, publicó una nueva legislación, reorganizó la universidad de Nápoles, é hizo levantar ciudadelas y castillos en la Pulla y en Sicilia. Concedió además numerosos favores á la poblacion musulmana, establecida en Sicilia, y formó un cuerpo de diez mil sarracenos, del cual se sirvió para ejecutar sus órdenes; opúsose también á todas las tentativas hechas para convertir esta poblacion al cristianismo. La política seguida por el emperador encendió la guerra en Lombardía; quince ciudades güelfas, á cuya cabeza se encontraba Milan, renovaron la antigua liga lombarda. Honorio III, sin embargo, negoció la paz entre las ciudades lombardas y el emperador, y exhortó nuevamente á Federico á emprender la cruzada tantas veces diferida. Pero murió poco después, sucediéndole Gregorio IX, que aunque octogenario, se dió á conocer por su energía, digna de su tío Inocencio III, con quien había compartido los cuidados de la tutela de Federico II.

El clero de todos los países católicos había proporcionado sumas considerables para la cruzada, y gracias á las predicaciones de los dominicos y franciscanos, más de cien mil cruzados se reunieron en Italia. El emperador, instado por el papa, embarcóse al fin con este ejército; pero volvió á los dos días de su partida, é hizo desembarcar á los cruzados bajo pretexto de una grave enfermedad, de que decia estar acometido. Su verdadero motivo era el temor de comprometerse en una larga y peligrosa expedicion. Gregorio IX, conociendo el carácter astuto y falso de Federico II, le excomulgó. Irritado el emperador, contestó en un manifiesto violento contra la Iglesia; sin embargo, como temia las consecuencias de la excomunion, partió para la Palestina, acompañado de un séquito poco numeroso, porque el grande ejército de los cruzados se había ya dispersado. Su conducta en Palestina fué indigna de un príncipe cristiano. Habiendo sabido que los lombardos estaban sublevados y que habían estallado desórdenes en el reino de Nápoles, precipitó su venida á Europa. Á su vuelta entró en negociaciones con el papa, prometió reparar el mal que había hecho, y se le levantó la excomunion. Después de restablecer la tranquilidad en el reino de Nápoles, trató de vengarse de los lombardos, y prestó su apoyo al cruel señor de Verona, Ezelin de Romano, jefe del partido gibelino, que había sido excomulgado por sus crímenes y por su impiedad. Pero habiéndose sublevado y héchose independiente su hijo Enrique, á quien había dejado confiado el gobierno de Alemania, Federico abandonó la Italia, venció á su hijo y le hizo prisionero. En seguida dirigió sus armas contra los lombardos y los derrotó en la batalla de Cortenouva, y después proyectó someter á su autoridad á toda la Italia, y menospreció los derechos de la Iglesia y la soberanía de la Santa Sede. Gregorio IX estuvo tres años en negociaciones con el emperador, hasta que, convencido de que no daban resultado, pronunció de nuevo la excomunion contra Federico II. Entonces éste marchó á Roma y la sitió, impidiendo la celebracion del concilio general convocado por Gregorio IX, que aunque casi centenario, permaneció inquebrantable en medio



pe los peligros, y murió agobiado por la edad y los sufrimientos que padeció durante el sitio de Roma.

Federico II creia asegurado su triunfo. Durante dos años impidió la eleccion de nuevo pontífice; pero elegido al fin Inocencio IV, el emperador quiso obligarle á ceder á sus exigencias, teniéndole, por decirlo así, encerrado en Roma; pero el papa consiguió salir de Roma y se trasladó á Lyon, donde convocó un concilio general. Esta asamblea renovó la excomunion contra Federico, y comprometió á los señores de Alemania á elegir otro soberano. La eleccion recayó en Enrique de Turingia, y habiendo muerto en una batalla contra Conrado, hijo de Federico II, ocupó el trono el duque Guillermo, de Holanda. Los güelfos en la Lombardía habían reproducido la guerra contra Federico II, que lanzó proclamas furiosas contra la Iglesia y contra el cristianismo, y alistó en su ejército un cuerpo de sarracenos de África. Derrotado por los lombardos cerca de Parma, se retiró á su reino de Nápoles é hizo sacar los ojos á Pedro de las Viñas, uno de sus más fieles servidores, que había sido calumniado cerca de él, muriendo rodeado de una guardia musulmana y dejando el imperio en el mayor desorden, á consecuencia de su ambicion desmedida.

La lucha de Federico II contra la Iglesia tuvo las más fatales consecuencias para el imperio germánico y para la familia de este emperador. Conrado IV abandonó la Alemania y se trasladó á Nápoles, donde murió cuatro años después, dejando un hijo de corta edad, Conradino. Guillermo de Holanda, cuya autoridad no había sido aún reconocida, murió dos años después, y Alemania se vió envuelta en una larga anarquía de diez y siete años, conocida con el nombre de *grande interregno*. El reino lombardo se separó de Alemania, y la autoridad de los emperadores quedó limitada á este último país. El imperio germánico perdió entonces la preponderancia que había tenido en Europa desde Othon el Grande. En el reino de Nápoles y Sicilia, Manfredo, hijo natural de Federico II, se hizo dueño del poder después de la muerte de Conrado; pero el papa Inocen-

cio IV, soberano de este reino, le negó la investidura. Manfredo se sostuvo con el auxilio de las tropas musulmanas, y expulsó de Roma á Alejandro IV, sucesor de Inocencio. Urbano IV, que sucedió á Alejandro, se adhirió últimamente á San Luis, y ofreció la corona de Nápoles á Carlos de Anjou, hermano del rey. Este príncipe llegó á Italia al frente de un ejército, y consiguió, cerca de Benevento, una brillante victoria sobre Manfredo, que pereció en la batalla. También venció é hizo prisionero á Conradino, que había ido con un ejército alemán á reconquistar el trono de su padre. El papa Clemente IV intercedió inútilmente á favor del último é inocente vástago de la poderosa familia de los Hohenstaufen, y Conradino fué decapitado en Nápoles.

Grandes acontecimientos tuvieron lugar en Francia é Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIII. Los ingleses perdieron la mayor parte de sus posesiones francesas, que se agregaron á los dominios de la corona, y este acrecentamiento del poder puso á los reyes de Francia en condiciones de consolidar su autoridad, disminuyendo la independencia de sus vasallos. Las guerras contra los albigenses contribuyeron al mismo tiempo al restablecimiento de la autoridad real en el mediodía de Francia. En Inglaterra, el crimen y la tiranía de Juan I dieron por resultado la publicacion de la grande carta de libertad, base de la constitucion inglesa, que se consolidó durante la menor edad y el largo reinado de Enrique III, por falta de energía para resistir las exigencias de la nobleza.

Felipe Augusto, que por su matrimonio ilícito con Ines de Meranie, hizo que Inocencio pusiera en interdicto á toda la Francia, se reconcilió con la Iglesia y restableció á la reina Ingerburga en todos sus derechos. Después citó á su tribunal al rey de Inglaterra, Juan, su vasallo, acusado de grandes crímenes, y principalmente de haber asesinado á su sobrino Arturo, duque de Bretaña. Declarado Juan destituido de todos los feudos que tenía de la corona de Francia, Felipe Augusto se apoderó de la Normandía y de los condados de Maine y de Anjou, y hubiera concluido por expulsar á los